

Cuento 2013

3er. Lugar

Obra: Por amor al arte...

Autor: Lidia Susana Martínez Valladares

Seudónimo: Mariposas en el alma

Municipio: Victoria, Tamaulipas.

## Por amor al arte...

Lidia Susana Martínez Valladares

Suena el timbre en medio del bullicio infantil en una escuela; el canto de los pájaros se mezcla con el viento suave y fresco de aquella mañana de primavera, el día invitaba a sonreír y a ser feliz, sin embargo entre el ir y venir de los niños que corrían para disfrutar su recreo, de pronto se escucha a dos niños que discutían con otros de sus compañeros y entre arrebatos y exabruptos-¡los maestros son faltistas, tenemos muchos días libres!- decía Martín, - ¡si ganan bastante dinero y no hacen nada, se la pasan sentados! -decía otro niño. Anita los escuchaba a la distancia, y sollozaba tristemente.

Luisa se acercó a ella, con la esperanza de darle consuelo y de paso saber por qué estaba tan acongojada; -¡ellos dicen cosas muy feas y mi mami no es así!- ¿por qué tienen que pensar que todas las personas son iguales?- su amiga Luisa solo atinó a decirle -no hagas caso a sus comentarios, son niños malos-.

La niña no alcanzaba a comprender que sus compañeros tal vez hacían esos comentarios sin pensar, o motivados por algún regaño reciente y su mente infantil repetía lo que adultos imprudentes dicen, motivados por los medios, quienes con frecuencia atizan la opinión pública, mostrando desmanes que hacen trabajadores de la educación en otros Estados de la República, inconformes con políticas educativas nacionales.

Sin embargo, Anita no entendía a sus compañeros, la niña veía a su madre diariamente ir a trabajar y comentar a la hora de la comida con su familia todo que había pasado en su trabajo, la escuchaba embelesada, pensando que sus compañeros hablaban de otro tipo de maestros, su madre no podía estar en ese grupo, pensaba y pensaba lo que había escuchado, su mente daba vueltas insistentemente, asimismo, inconscientemente movía su cabeza negativamente en señal de

desapruebo, de pronto, su madre se acerca –hija, te he visto algo preocupada, ¿te sientes bien?- Anita no queriendo preocupar a su mamá contesta –no mamita, estoy bien, no pasa nada, todo está en orden-, sin embargo, ella insiste -¿acaso, no me tienes confianza?, -te conozco y la niña que veo no es la Ana bulliciosa y alegre que alegra mi existencia- la niña, algo avergonzada, mira a su progenitora con ternura y con la esperanza de que no siguiera preguntándole, da una negativa con su cabeza en varias ocasiones, a la vez que expresa –no mami, estoy bien, no tengo nada-.

La mujer, apenas da la espalda, y Anita corre tras ella, abrazándola tiernamente. -¿qué ocurre mi amor, por qué esa cara de perrito engañado?-.

Anita seguía dudando en contarle o no a su madre, quien con todo el amor que se puede tener a un hijo, arropa a su niña, ella rompe en llanto, un llanto amargo y triste que rueda por sus sonrosadas mejillas; la mujer aún más preocupada, pensando en lo peor abraza fuertemente a su hija, quien de manera muy queda, poco a poco le cuenta lo que le había ocurrido por la mañana en su escuela.

-Es que mis compañeros dicen-, su madre, atenta escucha, bebe cada una de sus palabras y en la carita de su hija, mira impresa tristeza y enojo a la vez, lo cual, en vez de hacerle rabiar, le procura valor y fuerza; luego de que la niña termina su historia, Marina, que así se llama esta buena madre, se vuelca hacia Anita, toma su barbilla con manos ligeras, como alguien que desea no maltratar o quebrar un objeto precioso y dice a su nena: -te voy a contar una historia muy bonita de alguien que conocí hace muchos años, pero necesito que estés atenta, ya que es un tanto larga, pero llena de enseñanzas.

Marina empieza a contar...Hace muchos años en una pequeña ciudad, nació una niña, quien brindó mucha felicidad a sus padres, ellos la esperaban con impaciencia, y cuando llegó por fin, se sintieron los seres más afortunados de la tierra. Esta niñita, pronto empezó a caminar y a hacer gracias, y aunque su familia era muy humilde, pues, el amor llenaba todo.

Sin embargo, los malos consejos de terceras personas y la poca voluntad de su padre, hizo que la familia se fragmentara, -¡qué triste mamá!- interrumpió Anita, -shhh-, bueno, entonces, y a pesar de que esta pequeña tenía dos hermanos más, su padre los abandonó y no tuvo cuidado de ellos nunca más, un día dijo a su mujer -¡me voy de la casa, ya no quiero seguir a tu lado!-

Su madre, triste y sin saber qué hacer, pensaba para sí -¿qué voy a hacer sola y con mis tres hijos?-

Tuvo que empezar a trabajar muy duro día y noche para poder mantenerlos y mandarlos a la escuela; los niños se quedaban al cuidado de su abuelita materna, quien a pesar de ser muy estricta con ella, le enseñó muchas cosas de provecho, la niña, aún y con la situación precaria que padecía la familia, era feliz; pasaba sus días entre juegos infantiles con sus vecinitas, quienes si podían tener juguetes, y las muñecas que tanto le agradaban; -vamos con Carolina y Jélica- ella, junto con su hermanita, eran asiduas visitantes de estas niñas, las hijas del panadero, quien a veces les regalaba pan para que sirviera de comidita, y que secretamente la niña que era la “mamá” se comía de ansías y ganas de cosas diferentes.

Pero no todo era juego y diversión hija, esa niña aprendió a trabajar desde muy pequeña, ayudaba a una vecina a realizar las tareas domésticas; se iba muy temprano, antes de entrar a la escuela, corría a barrer, trapear, lavar trastes y baños con doña Valentina, que así se llamaba la mujer a la que ayudaba, por unos pesos a la semana, con los cuales apoyaba a su madre en lo que podía; gracias a ello, esta pequeña, aprendió a valorar muchas cosas, el valor del trabajo y el dinero, así como un descanso bien merecido.

Luego de terminar sus labores, se iba a la escuela por la tarde, muy feliz, junto con su hermana, aunque a veces o casi nunca llevaban dinero para comprar algo de comer, durante el recreo se divertía con muchos amigos, o ayudaba a la maestra vendiendo dulces, y de premio al final, le daban

uno. Sus compañeros la molestaban mucho porque siempre llevaba el mismo vestido los miércoles o porque sus zapatos se estaban descosiendo, -¡pareces foto!- le decían algunos niños mal educados, sin embargo ella en su mundo la pasaba bien; en ocasiones se quedaba callada mirando al cielo, pero de pronto, le hablaban para jugar a la pelota, y dejaba sus pensamientos para otro rato.

Todos los días asistía a la escuela, y -aunque no le creas- no había computadoras ni toda la tecnología que hoy conocemos, siempre procuraba cumplir con sus trabajos, ella solita iba abriéndose camino, -pues como ya te conté-, su mamá trabajaba día y noche.

Llegó el momento en que de manera brillante, concluyó su primaria, lo cual, veía como un gran logro, y de inmediato le dijo a su madre -ahora voy a entrar a la secundaria-, voy a echarle más ganas que en la primaria- su madre la miraba con piedad y solo atinaba a decirle: -si hija, tu puedes sigue adelante como hasta ahora-.

Gracias a su buen promedio y constancia en los estudios, la muchachita pudo ingresar a una buena escuela, donde poco a poco, sus ganas de salir adelante afloraban, deseando mejorar su vida y por qué no, la de los demás.

Desde que entró a la escuela, empezó a tener buena relación con sus compañeros y profesores, en especial con una de ellas, la maestra Lidia, quien daba la materia de Ciencias Sociales. La muchachita mostraba tanto interés en todas sus clases, pero su favorita era sin duda con la maestra Lidia; muchos recesos se los pasó interesada en los libros, que aunque viejos y usados por otros muchachos, a ella fascinaban.

La maestra Lidia mostró curiosidad, por esa niña que en vez de salir a platicar con las chicas en sus descansos, se aplicaba tanto -es que quiero ser como usted- le confesó un día.

La maestra enternecida, rio nerviosa y de gusto a la vez, por esa revelación; -¿qué te llama la atención de esta maestra tan vieja?-, replicaría un día, -es que usted explica tan bonito e interesante- le contestó la muchacha. Y así quedó, no se habló más del asunto, pero en el corazón de aquella maestra tan experimentada, quedaría grabado este acontecimiento un tanto inusual.

En casa, ella platicaba con su madre, cuando era posible y le confiaba sus anhelos, - mi abuela se burla de mi cuando le he dicho lo que pienso-, contaba a su mamá; -no te preocupes, si eso es lo que deseas con todo tu corazón, y pones entusiasmo, seguro un día será posible.-

A pesar de que el sueldo de su madre no era mucho, gracias a sus buenas calificaciones, la chica pudo obtener una beca para apoyarse, aunque no era mucho, servía para solventar algunos gastos; eso si, no podía darse el lujo de tener ropa nueva o zapatos, unos tíos le mandaban a ella y sus hermanos del “otro lado”, pero eso no fue importante para ella: aunque algunas de sus compañeras se burlaban de su uniforme usado y sus zapatos humildes, algunos le decían -qué desteñido está tu uniforme, tu blusa no está bordada con el logo, por qué no te compran uno nuevo?- ella movía la cabeza y se alejaba, la meta que tenía en su mente y alma, la impulsaba a seguir adelante.

El tiempo pasaba, y gracias a su férrea voluntad de acero y su firme propósito, pudo escalar un peldaño más en su formación académica.

Terminando su educación secundaria, la chica ya tenía muy claro cuál era el siguiente paso a seguir, pero para ello, se atrevió a buscar a su padre, que hacía muchos años no veía, pero se llevó una desagradable sorpresa, ya que él no tenía la menor intención de ayudarle, en cambio le dijo -¡estás muy buena para empezar a trabajar!- ella lo buscó para que le ayudara a comprar algunos cuadernos, al recibir su respuesta negativa se atrevió a contestarle: -¡mis metas en la vida no sólo dependen del trabajo y so tú no quieres o puedes ayudarme, agradezco tu sinceridad!-, esa fue una de las últimas veces que vio a su padre.

Ella, buscó la forma de hacerse de los libros, que en aquel tiempo eran muy caros, y gracias a la buena voluntad de algunos conocidos, le fueron prestados.

Se olvidó de pedir apoyo a su padre, en cambio, buscó un trabajo de medio tiempo para poder completar sus gastos; a pesar de ello, siempre tenía el tiempo para poder cumplir con sus obligaciones académicas. En la realización de su curso propedéutico fue de las mejores, tenía tanto entusiasmo y ganas por entrar, que no importaba nada más.

Anita, se quedaba mirando a su madre con cierto aire de familiaridad, como si ya conociera de sí misma parte de esa historia, sin embargo dulcemente sólo atinaba a decirle: -mami,- ¿quisieras seguir contándome? -¡no comas ansias hijita, te sigo contando!-

Aunque sus energías estaban enfocadas hacia conseguir su sueño, la amistad, fue uno de los empujes más importante en su vida; por esta época comenzó a cultivar este sentimiento con muchas chicas, con las que integraba equipos; tenía aventuras muy divertidas, realizando investigaciones en colonias alejadas.

En una ocasión a su grupo de amigas las persiguió un perro, -¿quién nos trae por acá?- ¡el amor al arte! – contestaba riendo, cuando andaban tomando fotografías para su informe de investigación.

Le encantaba asistir a la biblioteca, se sentía en su ambiente, leer, provocaba en la muchacha un sentimiento de acompañamiento, lo cual a su vez, cultivaba su mente, volviéndola ágil e intuitiva, lo que más tarde le ayudaría a continuar a conseguir sus objetivos.

Aunque se encontraba dedicada en cuerpo y alma a sus estudios, un día el destino le marcó un sendero más en su vida; ingresó al coro de la parroquia, cercana a donde vivía, en este grupo,

descubrió una faceta más en su vida, que marcaría un parte aguas en su vida, el cariño al canto; aunque era litúrgico, le sirvió de base para que años más tarde, lo aplicara no sólo en su vida personal, también en lo profesional.

En este lugar, ella se sintió inclinada a dedicar su vida a la enseñanza, pero con las monjas clarisas, dedicadas en parte a la enseñanza, pero, una vez más, la vida tenía guardada una sorpresa más, de una amistad, comenzó a surgir el cariño, hacia quien años más tarde se convertiría en su esposo, y de quien recibió sólo apoyo y comprensión.

Él sería una parte esencial e imprescindible para ayudar a la chica que deseaba convertirse en una maestra, y quien le contaba llena de ilusiones sus sueños y añoranzas.

La preparatoria pasó entre el estudio, la sincera amistad entre chicas y el cultivo del arte, aunque no de manera profesional, pero si con un gusto y todo el entusiasmo por aprender. Se llegó el tiempo de tomar la decisión que definiría por siempre su directriz y papel en la vida; ella no lo dudó ni un minuto, iría a pedir una ficha en la Normal.

Muy contenta y segura, se puso de acuerdo con algunas de sus amistades más cercanas, que compartían la misma idea, juntas enfilaron su camino hacia la institución educativa. -¡Vamos chavas, hay que ser las primeras, luego se acaban las fichas!- decía la chica emocionada, -¿ya checaron que sea la fecha?- decía una más, y emprendieron su camino que les llevaría a lo que más les motivaba en su joven vida.

Muchas personas, trataron de hacer desistir a la futura aspirante al magisterio; que si se trataba de una carrera con poco futuro, que si no pagaban bien y te podían mandar muy lejos, fuera de casa y de u familia, pero ello no la intimido, estaba decidida a dar el gran paso, que daría forma a su futuro.



Fue de las primeras en asistir a solicitar un lugar, sus ganas eran tantas, que al entrar a la escuela, sus ojos se iluminaron, ya sentía que formaba parte de la prestigiada institución; cuando entró al área de trabajo social para presentar sus datos, ella expresó para sus adentros -¡un día seré la abanderada!-, y en ese momento, dio inicio la aventura que abarcaría todo su existir.

Junto con sus amistades inició el camino, trabajando arduamente en la biblioteca, buscando los temas que abarcaría el examen, su amiga Susana le preguntó: -¿tienes dinero para inscribirte, y para el uniforme, cómo le vas a hacer?-, es que se me olvidó contarte que su mamá se volvió a casar y el padrastro la maltrataba y la corrió de su casa, y ella buscó a la maestra de secundaria, ¡si la maestra Lidia!, quien le brindó todo su apoyo en un momento dado.

La chica solo atinó a contestarle -Dios me ha de ayudar-.

Entretanto trabajo, se llegó a la fecha del examen, ella se sentía segura, a pesar de que emocionalmente se encontraba deshecha por la falta de apoyo en aquel momento de su mamá, pero esto en vez de desanimarla, le dio un impulso. Se presentó segura a la escuela sonriente en esa mañana calurosa de verano, lista para dar su mejor esfuerzo, al término del mismo, salió de la escuela con la frente en alto, triunfante, pensaba para sus adentros -nos vemos querida escuela, en septiembre!-

Y así fue, logró su propósito de ingresar a la institución, que se convertiría en su alma mater.

Aunque el aspecto económico, siempre fue de sus puntos débiles, desde un principio logró obtener una beca que en algo le ayudaba a solventar sus necesidades. - ¿Y ya estaba en buenas paces con su familia mamá? - preguntó Anita, -si hijita, todo se arregló en tiempo y paciencia -.

Dentro de la escuela, además de demostrar ser buena alumna, comenzó a destacar en el área del canto, siempre alegre y con entusiasmo, participaba en los concursos internos, y además, formaba

parte de la estudiantina normalista, con su maestra Toñita, quien la estimulaba para darle forma a su talento; -deberías tomar clases en la Casa del Arte-, le decía insistentemente, pero una vez el señor dinero, resultaba un obstáculo para desarrollar su talento.

Así fueron pasando los años que le brindaban por un lado, noches de intenso trabajo hasta la madrugada, pero por otro lado, la satisfacción del deber cumplido y la emoción de crecer como persona y futura profesionista.

En sus prácticas, siempre fue una chica ordenada, enamorada de su trabajo y feliz por sentirse ya casi una maestra; el canto fue una de sus herramientas favoritas, y los niños disfrutaban de esta alternativa.

-¡Niños voy a enseñarles un cantito sobre los oficios!- ¡vamos a aprender una canción de las tablas de multiplicar!- se encontraba contenta de ver como a sus pequeños alumnos la mirada les resplandecía, y ella se percataba que aprendían mejor, en un ambiente más cálido y de confianza, su corazón se llenaba de alegría.

En su último año de la escuela para ayudarse con los gastos de titulación, se dio el tiempo para trabajar como vocalista en un grupo musical, así, la mayor parte de los fines de semana, los dedicaba al trabajo, que le brindarían el dinero que requería para culminar su carrera.

La muchacha, veía cada vez más cerca el momento cumbre de alcanzar su meta más añorada desde pequeña, compartía con su mamá esta alegría:- ¡ya casi soy una maestra! -le decía; -¡si hija gracias a todos tus esfuerzos, te lo mereces!

Y el tiempo llegó, se celebró una misa en acción de gracias por todos los alumnos que culminaban su carrera, muy solemne, la joven maestra cantó el salmo con mucho fervor, pidiendo a Dios que le abriera el camino para servir a los demás.

Hubo una fiesta muy alegre para todos los muchachos de la generación, y una torrencial lluvia sorprendió a todos, lo cual se tomó como una señal de buen augurio.

La novel maestra decía a sus amigas: -¡a partir de hoy tenemos una delicada tarea en nuestras manos, guiar el camino de muchas generaciones de niños que confiarán en nuestras manos! -¡brindemos por ello y demos gracias a nuestros padres!-.

Entre trámites y papeleo, fueron pasando los días, hasta que por fin le entregaron su orden de adscripción, en donde le asignaban una plaza en un ranchito cercano al Mante; su madre le acompañó a dejarla hasta la cabecera municipal, ella estaba muy contenta -¡mami, por fin voy a empezar a trabajar!-.

Le tocó estar con una compañera de su generación, aunque ambas estaban muy jóvenes, tenían toda la energía y ganas de apoyar a sus alumnos. -¡qué padre, vamos a trabajar juntas Inés!-, decía a su amiga, quien le miraba y sonreía.

Aunque se trataba de una escuelita bidocente y ella tenía a los niños más pequeños, puso todo su empeño para ayudar a sus alumnos; los padres de familia las miraban algo desconfiados, pensando que por su juventud e inexperiencia, poco podrían hacer, sin embargo, al paso de los días por su entrega laboral y sincero aprecio por los niños, fue ganando terreno con los padres.

Después de acomodarse en una casita e la localidad, invitaban los papás y los niños a arreglar la escuelita, pintar los árboles y mantener ordenadas las cosas; por las tardes las jóvenes se iban a sus saloncitos, donde citaban a sus niños para practicar cantitos, poesía y oratoria con los pequeños, además de baile folklórico tamaulipeco; en un principio los niños estaban reacios a participar, pero

poco a poco y con la confianza que brindaban las maestras, los pequeños le tomaron gusto a la práctica de estas actividades.

Participaban en nombre de la escuela en la cabecera municipal, donde la maestra, orgullosa, mostraba el buen trabajo de sus alumnos, quienes con el apoyo de sus padres acudían elegantemente vestidos.-¿Quién pudiera imaginar hija, que esos niños que carecían de muchas cosas, pudieran tener recursos para participar? –le decía Marina a su hijita, quien le contestaba alegremente: -mamá, tal vez, su maestra los motivaba y animaba-.

Y así era, a aquella muchacha de aspecto frágil y mirada brillante nada se le dificultaba, parecía tener soluciones ante los obstáculos. –como cuando fueron a participar el 20 de noviembre, presentando una picota típica música del centro de Tamaulipas- ¿crees que no tenían para la gasolina de la camioneta donde irían? –platicaba la maestra a su niña,- y luego mamo, ¿qué sucedió, pudieron ir siempre?-.

-A pesar de los inconvenientes, la maestra consiguió dinero en la presidencia para que todos los niños pudieran asistir al desfile-, estaban felices, es más, para algunos de los niños era una de las primeras ocasiones en salir del rancho-.

La señora siguió contando la historia a su pequeña hija, quien atenta la escuchaba que ése fue un día memorable para los pequeños, al igual para sus padres, pues de alguna manera, la gente de la comunidad decía a los demás “aquí estamos, y nos sentimos orgullosos de nuestra cultura”.

La maestra entusiasta y luchona, continuó por varios meses en aquel lugar de verdes prados y silencio interrumpido sólo por el canto de los pájaros y uno que otro coche que de vez en cuando entraba al rancho, siguió trabajando con ahínco, resaltando mucho las tradiciones mexicanas que aunque pobremente podían celebrar: armaron un altar de muertos, en el que las madres de familia participaron

activamente, y que de paso, sirvió para recordar con algunas tristes lágrimas a los que ya no estaban físicamente, aunque si en el corazón como dijo una señora: -¡recuerdo tanto a mi amá, que se fue hace ya varios años!- decía entre una que otra lagrimita salada.

Los alumnos de la maestra miraban todo el rito de ese día, que ya no podrían olvidar, y que serviría de algún modo para sentirse más mexicanos, pero por encima de todo, más humanos.

Así, transcurrieron los días y meses, la muchacha se fue para otro lugar más cercano, en donde podía prestar su servicio a otros pequeños; en esta ocasión en una escuela más grande y con más alumnos, donde ella se encargaría de su grupo.

En esta primera ocasión, llegó con niños pequeños, con quienes también tuvo la oportunidad de brindar lo mejor de sí y apoyar a quienes más lo necesitaban. Su director, al darse cuenta de su disposición, le brindó la confianza de apoyar a la institución con un coro de alumnos para participar en un concurso del Himno Nacional Mexicano; aunque no tenía una formación profesional, aceptó gustosa: -¡si maestro, además, podremos venir más temprano para estar más preparados!-.

Y así fue, citaba a los chicos, desde las siete de la mañana y comenzaban a ensayar, empezando por vocalizar, de la manera que ella sabía.

Estimulaba a los niños, los alentaba a dar lo mejor de ellos; - ¡si nos sacrificamos en venir, hay que aprovechar el tiempo! -decía.

Poco a poco, los niños fueron educando su voz, al paso de los días, el coro se escuchaba cada vez más parejito, lo que provocaba en aquella maestra una sonrisa en su alma. Fueron días de ensayos intensos, y cuando se llegó la hora de la verdad, los niños y su maestra salieron seguros a demostrar lo que habían practicado y que tantos sacrificios les había costado; a pesar de ser una docente de

poca experiencia, la maestra y su coro de niños de aquella escuelita rural, se ganaron el respeto y reconocimiento del jurado, ganando el primer lugar; los niños exclamaban -¡lo hicimos, pudimos cantar de la mejor manera!-, su maestro sólo sonreía, y miraba a sus alumnos llenos de felicidad, sus ojitos radiantes exclamaban sin palabras un logro que parecía muy lejano.

Después de esas participaciones, aquella joven seguía apoyando a sus alumnos, no sólo en canto, también integró un club de declamación por las tardes, donde los niños acudían para aprender este arte y luego poder participar en diversos concursos: pero lo que más enorgullecía a la chica, es que todas estas habilidades, servían para que los pequeños forjaran una parte de su carácter y personalidad, pues se volvían despiertos, extrovertidos, y sin temor alguno a tomar la palabra.

No pasaron muchos años, hasta que esta muchacha contrajo matrimonio y comenzó a integrar su familia; posteriormente pudo cambiarse a su ciudad natal, en donde ingresó a un coro de cámara regional, donde aprendió la técnica para cantar y pudo seguir enseñando a los niños que así lo quisieran y pasaran por sus manos.

-Oye mamá, ¿podrías llevarme a la escuelita donde trabaja esa maestra?, me encantaría conocerla, parece que es muy amiga tuya, conoces mucho sobre ella-.

Marina sonreía, sin querer decir nada a su hija -ah hija-, suspiraba la mujer, -si tu supieras-.

Anita insistía, pidiéndole a su madre ese favor, sin pensar en nada más; de pronto, llega aun coche frente a su casa, se estaciona; un hombre de apariencia afable arriba a su hogar, entre besos y mimos la acerca a su pecho, era su padre, - ¡hola papito, qué bueno que llegaste!, mamita me ha contado una historia muy bonita que habla de -...el papá la interrumpe, -¡ah que tu mamá!, ¿de seguro de cuentos de hadas, que tanto te gustan no?-, ¡qué bueno mi niña, me encanta que te intereses por lo que mamá te platica!-.

Marina los veía enternecida, ella era feliz, tenía una familia que amaba, y un trabajo que le proveía muchas satisfacciones; recordaba cada palabra que su hija le dijera cuando estaba muy triste por lo que sus compañeros le dijeron sobre el trabajo de los maestros.

Sumida en sus pensamientos se encontraba, cuando su esposo e hija la abrazaron muy fuerte -¡te queremos mucho!-, ella reaccionó con una sonrisa y un beso para ambos. Luego, mirando fijamente a su niña, y con ternura le pregunta: -¿te ha gustado la historia que te conté mi amor?-.

Anita mira a su madre con rostro suave y con una expresión de amor infinito, y sin querer avergonzarla sólo atina a decirle: -¡mamita, eres la mejor del mundo! ¡Ahora te admiro más que antes!-, decía Anita a su mamá -¿por qué mi nena, a que se debe esto?-. La pequeña se abrazó a Marina, sin decir nada, sólo se fundía en sus brazos, sonreía y la miraba, pícaramente; al fin atina a decirle: -¡debiste sufrir mucho!-. Marina no entendía el por qué de sus palabras; -¡pero aprendiste también y diste lo mejor de ti para los demás!-.

La mujer, la escuchaba y en un momento dado, la niña corre apresuradamente, sube las escaleras con agilidad, en busca de algo, al parecer muy importante para ella, de igual manera, la pequeña regresa y entrega a su mamá una fotografía de hacia varios años.

Marina no comprende, sin embargo la toma y observa.

-¡Mami, eres tú, eres tú!-. La mujer intenta entender lo que su hija quiere decirle, pero la niña no se explica, hasta que por fin le grita alegremente: -¡el cuento que me dijiste, no es cuento, es la historia de tu vida!, pero tú quisiste hacerlo así para que yo me sintiera mal-. Marina entre sonrojos y risa nerviosa, la mira y asiente afirmativamente con su cabeza, a la vez que le dice: -¡sí mi niña, lo que dices es verdad!, pero quise contarte parte de mi historia, para confortarte en primer lugar, además, que

entiendas de primera mano que nunca tendrás contenta a todas las personas con tus actos y la felicidad consiste precisamente en saber aceptar lo que eres y tienes para dar a los demás, jamás esperes que te reconozcan tu trabajo ante mucha gente, créeme que el saber que has sembrado una semilla buena en muchos niños, se convierte en el aliciente de muchos maestros, que día a día dan todo lo que está en sus manos para tener un país mejor y participar en la formación de muchos niños como tú, que estén orgullosos de lo que son como mexicanos...

Este relato nos deja una valiosa lección, no importa que tan lejos parezcan los sueños, si se trabaja fuerte para convertirlos en realidad...por amor al arte.

**Mariposas en el alma**